

en plena producción, fueron a establecerse en ellas sus hermanos Alfonso y Emilio, así como algunos colonos.

Su incesante vida de trabajo y observación, le hizo estudiar la manera de aprovechar mejor las aguas del Río Nazas, cuyas avenidas anuales fertilizan la riquísima y vasta extensión del Tlahualilo en el Estado de Durango y de la Laguna en el de Coahuila, y procurar que equitativamente se repartiese entre los ribereños altos y bajos. En 1900 publicó un folleto que contenía ese estudio y en el que proponía muy especialmente la construcción de una gran presa almacenadora de agua para ponerse a cubierto de las sequías en años malos y poder cultivar la tierra.

Por su brillante estudio recibió las felicitaciones de altas personalidades políticas y sociales, y el mismo General Porfirio Díaz le escribió en términos sumamente halagadores.

En su trato con los labriegos de sus campos era siempre afectuoso, y sus grandes bondades le granjeaban el cariño de aquellas pobres gentes, pues no se limitaba a cuidar personalmente de que no se mermara el peso del algodón cosechado como en muchas partes se acostumbraba, reduciendo infamemente los cortísimos salarios, sino que, además, era el primero en iniciar el aumento de sus sueldos y el mejoramiento de las familias. Las casas-habitaciones de sus obreros, eran amplias, bien ventiladas e higiénicas, y con frecuencia su médico particular hacía visitas a las haciendas para cuidar de los enfermos. Aficionado a la homeopatía, llevaba personalmente su botiquín y curaba a sus peones. En la ciudad, todos los enfermos menesterosos ocurrían a él y encontraban no sólo el alivio de sus males sino también consuelo a sus penas y auxilios pecuniarios, importantes a veces, para atender a sus necesidades más imperiosas.

En años malos, de sequía absoluta, cuando los comestibles se vendían a precios elevadísimos y el 90% de la población no tenía trabajo para ganar su sustento,

inició entre las clases ricas la idea de fundar un comedor público, y no obstante que allí se proporcionaban alimentos a innumerables personas, en su casa particular diariamente se daba de comer a más de sesenta niños pobres.

Las instituciones de beneficencia siempre contaron con su ayuda moral y material, y en San Pedro prestaba gran contingente para el sostenimiento de un hospital.

Huérfanos desamparados fueron recogidos por él, algunos enviados a colegios, y otros, por su corta edad, permanecieron en su casa, donde recibían un trato verdaderamente paternal.

Una de sus mayores y más grandes aspiraciones fué siempre impulsar la instrucción pública: en México, desgraciadamente el 85 por ciento de la población está compuesto de analfabetas, y él sabía perfectamente que un pueblo ignorante no puede ser libre y que la grandeza de los pueblos se basa precisamente en la sólida educación de sus hijos. Muchos jóvenes pobres, anhelosos de abrirse paso en la vida, fueron protegidos y educados por él con paternal bondad, mandándolos más tarde a continuar sus estudios a diferentes colegios del país y pagando sus colegiaturas. Más tarde inició la idea de que se fundara un Colegio de estudios comerciales en San Pedro, con competentes profesores y asignó una fuerte cantidad mensual para completar el pago del profesorado y atender a los gastos del Colegio; varios jóvenes de la ciudad fueron enviados por él a estudiar, obteniendo al fin de sus estudios magníficos resultados, siendo los más aprovechados alumnos los que por su cuenta fueron a ese colegio que se llamó "Escuela Comercial de San Pedro, Coah."

Con sus propios recursos, en cada una de sus haciendas, sostenía escuelas sin apoyo alguno de las autoridades civiles y obligando a todos sus obreros a que enviasen a sus hijos; en esas escuelas aprendían toda la

enseñanza primaria, plegándose a los métodos de estudio de las escuelas oficiales.

En una palabra, su corazón noble y bueno, siempre estuvo dispuesto a consolar las desgracias y su bolsillo siempre estuvo abierto para toda obra benéfica o caritativa. Practicó la caridad sin mira bastarda alguna; hizo el bien por amor al bien mismo y sin alardes ni sonrojos para el desgraciado en la forma de sus dádivas, pues la delicadeza de su corazón fué siempre exquisita.

Cuando se lanzó abiertamente a la lucha política contra el gobierno dictatorial del General Porfirio Díaz, habría formado un capital de algo más de \$600,000, perfectamente saneado y debido tan sólo a su propio esfuerzo. Su padre lo había encargado de administrar sus propiedades, y el sobrepujó en mucho a sus deseos, pues había contado con elementos pequeñísimos de trabajo. Con tesón y ahinco, demostradores de su carácter disciplinado y activo, conquistó en pocos años su independencia económica.

En estas condiciones, contando con grandes recursos, con crédito propio, le hubiera sido fácil seguir enriqueciéndose y haberse formado una gran fortuna; todas las clases acomodadas son por excelencia conservadoras y mientras no peligran sus intereses les es igual estar gobernados por X o por Z, aunque ese X o ese Z jamás se preocupen de la prosperidad material y moral de su pueblo, de las clases desheredadas, del proletariado que en todas épocas es el que sufre y que en todas épocas es el escalón de subida, la eterna víctima que no comprende por qué existe o deja de existir.

Cuando regresó a su país después de terminados sus estudios en países eminentemente liberales, eminentemente democráticos, sufrió dolorosísima impresión al ver el estado de atraso y esclavitud en que se encontraba la República. Si bien el General Díaz había logrado restablecer la paz, esa paz tenía su base en la opresión; cuanto sentimiento de libertad se despertaba, era ahogado inmediatamente y la mayoría de las veces

en sangre; uno a uno habían caído los que en alguna forma quisieron enfrentarse al Dictador, y al fin, en treinta años de una dura autocracia que prostituyó a todas las instituciones, un sopor profundo adormeció la conciencia nacional, los ciudadanos olvidaron el ejercicio del voto, las elecciones se verificaban dentro de la propia casa del General Díaz y sólo se daba a conocer al "elegido" de su omnímoda voluntad. La prensa era un pebetero constante. Al rededor del anciano presidente se formó una camarilla que ya con el nombre de "científicos" o ya con el de "Círculo de Amigos del General Porfirio Díaz" se encargaba de ensalzar sus virtudes en todos los tonos, gozando de toda clase de privanzas, acaparando todos los negocios y acumulando en poco tiempo cuantiosas fortunas. En sus últimos años de gobierno, lo habían estrechado completamente y ellos decidían ya de la cuestiones de la patria como cosa propia.

El progreso material fué bien mezquino, pues durante su larga administración, si bien se tendieron líneas férreas y redes telegráficas en algunas partes del país, se pavimentaron y embellecieron algunas ciudades y prosperaron algunas industrias, se hubiera hecho infinitamente más, si hubiera existido el deseo de hacer grande y respetable a nuestra patria, si se hubiesen impulsado las vías todas del progreso, si la instrucción pública no se hubiese olvidado y visto como cosa secundaria, si se hubiera aliviado el agobio de la infeliz clase indígena; si riquísimas y vastas extensiones de la República se hubiesen colonizado y si se hubiese dado amplia protección a todas las industrias propias, pues se daba el desgraciado caso de que las grandes compañías, las empresas de más valer, las formaban capitales extranjeros, y raros, rarísimos eran de nacionales; y no por falta de iniciativa ni porque los nacionales tuviesen temor de interesarse fuertemente en negocios de problemáticas utilidades, sino porque jamás contaban con el apoyo del Gobierno que sistemáticamente daba la preferencia en todo a los extranjeros o se tenía que dejar gran parte de

los rendimientos y utilidades entre las manos de "los leales y buenos servidores del Gobierno."

Como decíamos, esta situación le impresionó, pero recibió otra conmoción más fuerte aún: El 2 de abril de 1903, en una cacería monstruosa, en una orgía verdadera de sangre, el General Bernardo Reyes, Gobernador de Nuevo León, ahogaba un movimiento democrático del pueblo neoleonense para elegir Gobernador del Estado. Estos asesinatos del 2 de abril en Monterrey, donde se encontraba en esos días, lo afectaron profundamente y tomó la resolución de iniciar en momento oportuno un verdadero movimiento democrático. Pronto se presentó esa oportunidad, y en 1905, aprovechando las elecciones de Presidente Municipal en San Pedro de las Colonias y las que seguían luego de Gobernador en el Estado de Coahuila, hacía su primera tentativa para despertar la dignidad popular. Reunió a algunos amigos de su intimidad, figurando en primer término don José María Hernández, don Catarino Benavides, don Toribio de los Santos, y formó en San Pedro un Club político que se llamó "Partido Democrático Independiente." Como órgano de este Club, fundó un periódico semanal llamado "El Demócrata," y se principió una campaña de crítica, de censura razonada para los gobernantes locales. El primer artículo que don Francisco I. Madero escribió se llamó "Vox populi, vox Dei." Se puso después en contacto con algunos de sus amigos en diferentes ciudades del Estado, especialmente en la capital, entre otros, con los Señores Venustiano Carranza, Serapio Aguirre, Dr. Rafael Cepeda, Dr. José María Rodríguez, Lic. Aguirre Benavides, etc. Desplegó grandísima actividad, y en varias conferencias con sus amigos logró decidirlos a que se verificase una convención para unificar el sentir del pueblo coahuilense y que un solo candidato independiente se enfrentase a la candidatura oficial del Lic. Miguel Cárdenas. Para poder deliberar más libremente, se verificó esta Convención en la capital de la República, yendo delegados de los distintos

partidos independientes del Estado. Su candidato era el Sr. Dr. García Fuentes que contaba con la mayoría de los votos de los delegados; pero por ciertos juegos hábiles, logró hacerse triunfar la candidatura del Lic. Frumencio Fuentes, que si figuraba como independiente, carecía de carácter y estaba ligado en alguna forma con los porfiristas-coralistas. No obstante, dando pruebas de su espíritu democrático, Madero aceptó el fallo de la Convención y trabajó con el mismo ardor que lo hubiera hecho por su candidato. Después se confirmaron sus presentimientos, pues en los momentos más arduos de la lucha, flaqueó el candidato, quien tuvo conferencias con el Vice-presidente Corral, lo cual trajo cierta demoralización en las filas independientes que, no obstante, siguieron su campaña política con todo vigor; pero el resultado fué exactamente el obtenido en toda la República, donde se quiso llevar al Gobierno hombres emanados del voto popular: la burla más sangrienta para el pueblo de Coahuila, y el Lic. Miguel Cárdenas se reelegía en el poder una vez más, pues "por inmensa mayoría de votos" había obtenido el triunfo en las elecciones.

Las persecuciones estuvieron a la orden del día: de manera infame se arrancó a muchos pacíficos ciudadanos de sus hogares y se les internó en las prisiones donde purgaron por largo tiempo el gravísimo delito de haber hecho uso de los sagrados derechos de ciudadano que la Constitución de la República les concedía.

Don Francisco I. Madero no escapó a estas persecuciones: en San Pedro, el día de las elecciones, su actividad fué asombrosa, recorrió a caballo todas las casillas electorales, dió instrucciones y explicó perfectamente a todos los ciudadanos la Ley Electoral para lograr el triunfo; especialmente al instalar las mesas; pero cuando eran abiertas las casillas, estaba ya formada la mesa electoral, contravinendo así las disposiciones de la ley que indican que al llegar la hora reglamentaria, se abra la casilla, formando la mesa electoral de entre los primeros votantes que ocurran, y por mayoría de votos. No

obstante, se obtuvo el triunfo en algunas casillas; pero en la imposibilidad de obtenerlo en la mayoría, muy especialmente porque la policía impedía que los ciudadanos se acercasen, hizo se formara una mesa electoral en plena plaza pública, para que allí fueran a votar todos los ciudadanos, y se reunió una gran cantidad de pueblo. Las alcaldadas se repitieron, y sin escrúpulo de pisotear nuevamente la Ley, el jefe de policía, rodeado de una gran cantidad de esbirros, amenazó con disolver a aquellos pacíficos ciudadanos a balazos si no abandonaban inmediatamente la plaza. El pueblo se indignó, y hubiera surgido un grave conflicto, si don Francisco I. Madero no hubiera intervenido tan oportunamente, tomando la mesa que tenía instalada y llevándola a su casa que estaba enfrente de la plaza; así hasta los más decididos a permanecer allí le siguieron y se conjuró el peligro. Dictaron orden de aprehensión en su contra, con anuencia del Gobernador del Estado; pero la indignación del pueblo se manifestó con tal vigor, que las autoridades la hubieran pasado muy mal si tal orden se hubiera cumplido. Al ir a cumplir "la disposición superior" recibieron órdenes directamente de la Capital de la República para que no se intentara nada en contra del señor Madero.

Se dictó orden de aprehensión igualmente para muchos ciudadanos y muy especialmente para los redactores de "El Demócrata" y de "El Mosco," periódico jocoso y de aguda crítica. No encontrándoseles en sus casas, se dió orden de cateo a la de don Francisco I. Madero, donde se encontraban las imprentas que editaban esos periódicos, creyendo, como en efecto lo era, que allí se encontraban. Con lujo de fuerza se presentó el jefe de la policía a cumplir con su comisión, pero como en esos momentos no se encontraba en su casa don Francisco, su señora esposa no permitió que se cateara la casa, y recordando que después de las seis de la tarde la ley indicaba claramente que no podrían llevarse a efecto órdenes semejantes, con subterfugios logró que se

pasara el tiempo hasta la hora fijada por la ley, logrando así evitar por ese día el cateo y ganar tiempo para procurar salvarlos en alguna forma. Esta providencial oportunidad se presentó luego, pues nada menos que la esposa de uno de los Síndicos del Ayuntamiento, sin conocimiento de éste, ofreció espontáneamente cuidar de los perseguidos hasta encontrar la manera de que salieran fuera de la ciudad.

Esa misma noche saltaron las paredes que dividían la casa del señor Madero de la perteneciente a la señora Gámez, y al día siguiente la desesperación y la rabia se apoderó de los esbirros al no encontrar a sus víctimas. Por cerca de diez días estuvo vigilada estrechamente la casa del señor Madero, teniendo centinelas diurnos y nocturnos en las mismas azoteas de su casa y de las contiguas. Pero al fin, en un momento de audacia, salieron los perseguidos perfectamente ocultos entre un carro cargado de pacas de paja, precedidos antes por dos más, con destino a la Hacienda de Tebas, propiedad del señor Madero. En una de las garitas de la ciudad, uno de los policías apostados allí, picó con un sable las pacas de uno de los carros, que afortunadamente no fue el que llevaba a los perseguidos. Después, perfectamente disfrazados, salieron a los Estados Unidos, costeados por el señor Madero sus gastos de viaje, etc.

Esa campaña política le trajo el convencimiento profundo y desconsolador de que serían infructuosos cuantos movimientos políticos se iniciaran aisladamente en la República. El Gobierno Federal burlaría todas las aspiraciones populares y sofocaría inmediatamente cualquier movimiento libertador aislado. Desde entonces tomó la resolución firme de iniciar un movimiento democrático general en la República, y en caso de no obtenerse concesiones o cambios políticos que modificaran el engranaje administrativo, agotadas las medidas políticas de orden, plegándose en todo a la ley, hacer respetar en cualquier forma, aun con las armas en la mano, el triunfo

del pueblo y conquistar de una vez para siempre nuestras libertades políticas.

En aquellos momentos era delito de lesa majestad pensar siquiera en que alguno se enfrentase como candidato a la Presidencia de la República en contra del General Porfirio Díaz, y ninguno se hubiese atrevido a acompañar a Madero si desde el principio hubiera asumido actitud verdaderamente radical. Existía un escepticismo profundo y desconsolador y se creían vanos, completamente estériles cuantos esfuerzos se intentaran en contra del Dictador. Acercándose ya las elecciones presidenciales de 1910, varios periodistas entrevistaron al Gral. Díaz; pero muy especialmente llamaremos la atención respecto a la entrevista que tuvo con el periodista americano Creelman, acontecimiento que causó honda sensación por sus declaraciones, comentadísimas por la prensa capitolina de varios modos, pero siempre favorable al Dictador. En ellas el General Díaz expresaba la opinión de que el pueblo mexicano estaba apto para la democracia y que en las próximas elecciones presidenciales le dejaría absoluta libertad para que eligiese a sus mandatarios; aun en el caso de que el fallo le fuese adverso acataría con respeto la voluntad popular. Como en cada una de las anteriores elecciones, manifestó deseos de retirarse a la vida privada; pero todo era una simple burla, un escarnio más al pueblo, porque una de las principales características del Gral. Díaz fué siempre externar ideas absolutamente contrarias a su modo de obrar y de pensar.

Algunos políticos de camarilla, disgustados con el Vice-presidente Corral, iniciaron trabajos con su contra postulando el Gral. Bernardo Reyes para la Vice-presidencia; pero ya don Francisco I. Madero, que desde un año antes preparaba su libro "La Sucesión Presidencial en 1910" había dado la clarinada de combate entregándolo a la publicidad a principios de Enero de 1909 y se había puesto en contacto con algunos de sus amigos en la República, entre otros con don Juan Sánchez Azcona,

que fué condiscípulo suyo en Europa, don José D. Espinosa y Ayala, don Flavio Guillén, don Emilio Vázquez Gómez, don Toribio Esquivel Obregón y otros más; su correspondencia con todos era activísima, pero muy especialmente con los Lics. Vázquez Gómez y Esquivel Obregón, personalidades muy descollantes en la política, y tuvo que hacer esfuerzos supremos para vencer su escepticismo y lograr su aquiescencia para que formaran parte integrante y directora del Gran Partido Democrático que iniciaba. En su libro "La Sucesión Presidencial" indicaba la idea de que se formase un gran Partido Nacional Democrático; pero precisamente en los días en que se tenían en México las juntas previas para instalarlo, Manuel Calero, Juan Francisco de P. Senties, Jesús Urueta, Diódoro Batalla, Miguel Trejo y Lerdo de Tejada, y otros más, instalaban un Club político con ese nombre, por lo que resolvió adoptar otro bien distinto y radical: Partido Nacional Antirreeleccionista. El primer Club antirreeleccionista de la República se instaló en San Pedro de las Colonias, formando parte de la mesa directiva: don Francisco I. Madero, como presidente, su hermano don Alfonso, don Alejandro Martínez Ugarite, don Catarino Benavides, don Gabriel Calzada y otros más, y reapareció como bisemanal el antiguo periódico "El Demócrata," vibrante en sus columnas, que ya atacaban en forma mesurada los actos del Gobierno Federal.

Desde San Pedro estuvo en constante comunicación con muchos de sus amigos de la República, y el 3 de Febrero salió violentamente para la Capital porque el padre de su esposa, don Macario Pérez, se encontraba gravemente enfermo. Por desgracia, en el trayecto recibieron noticias de su muerte, y fué bien triste y dolorosa su llegada a México. Pocos días después regresó a San Pedro, dejando a su esposa en la Capital, para ultimar el arreglo del traspaso de sus propiedades a su señor padre y quedar enteramente libre, sin preocupaciones ni compromisos y entrar de lleno en la vida pública.